

recíproco de vanidad, de disipacion, de vicios, de pasiones, sean, por vuestra intercesion, medios de conservar la union de nuestros corazones, de fomentar el vínculo de la fraterna caridad, y de humillarnos ante el Altísimo.

Y Vos ¡oh Dios mio! derramad sobre nuestros corazones esa caridad viva y ardiente que tanto abrasó el corazon de María, esa humildad que tanto la elevó cuanto más se manifestaba, esas virtudes que tanto adornaron el espíritu de María; haced, Señor, que nada procuremos en el trato y comunicacion con los demás hombres sinó vuestra gloria, nuestra santificacion y la de nuestros prójimos. Vos solo seais el nudo de nuestras amistades, el objeto de nuestras visitas y conversaciones: vuestro espíritu sea en ellas el principio, vuestra gracia el vínculo, y vuestro amor el fruto por los siglos de los siglos.
Amen.

EXPECTACION DE LA VIRGEN MARÍA.

DISCURSO I.

Veni ut salvos facias nos.

Ven á salvarnos.

(PSALM. LXXIX, 3.)

La Iglesia nuestra madre reproduce, en cierta época del año, las exclamaciones de los antiguos padres y profetas; y ora levantando sus ojos al Cielo, ora fijando sus miradas en la tierra, exclama: ¡Pluguiese á Dios, que, desgarrándose los cielos, se dejase ver el Mesías sobre este lóbrego hemisferio! ¡Ojalá, que apartándose las nubes que nos ocultan su presencia, apareciese á nuestra vista el que ha de ser enviado! Y luego, dirigiéndose al Mesías, exclama: Señor, venid á redimirnos con la fuerza de vuestro poderoso brazo. ¡Oh hijo de David, venid á ponernos en libertad y no tardeis! ¡Oh llave de David y Rey de Israel, venid á sacar de la cárcel á los que gemimos en las tinieblas y sombra de la muerte! Venid, Sol de justicia, y desvaneced las tinieblas en que vivimos. Venid, Rey de las naciones, y salvad al hombre que formasteis de la tierra. Venid, oh Emanuel, Dios grande, venid á salvarnos, pues sois nuestro Dios y Señor.

Tales eran, hermanos míos, los suspiros que, al través de cuarenta siglos, lanzaba un mundo convulso en pós de aquel día en que, apareciendo en la tierra el Salvador, había de romper el ominoso yugo y las duras cadenas que pesaban sobre todos los descendientes del hombre prevaricador. ¡Cuáles, pues, serían los deseos de la escogida en los decretos eternos para ser Madre del Verbo eterno? ¡Con qué ansias, con qué ardor y sublimes afectos suspiraría la Virgen, por el feliz momento en que pudiera decirse: ya tenemos con nosotros el Vencedor del dragon venenoso, cuyo tósigo cunde por las venas de todos y á todos hace esclavos! María, remontándose como hermosa águila sobre toda humana consideracion, penetra hasta el

fondo de la Divinidad, en ella se embebe, en ella se trasporta; y enajenada de todos sus sentidos, insta, suplica que no se retarden ya más los deseos del mundo, que se cumplan desde luego sus ansias, y que venga pronto el que ha de venir. Ved ahí lo que va á formar el objeto del presente discurso; os mostraré las ansias, los deseos, las súplicas fervorosas con que nuestra celestial Madre obtuvo la venida del Salvador, y alcanzó la salvacion de los hombres. ¡Plegue al cielo que su ejemplo os mueva á desear vivamente y á pedir al Señor, que venga á reinar en vuestras almas, y libraros de los enemigos de ellas!

¡Virgen Santísima! concededme las luces necesarias para hablar dignamente de vuestros deseos y ansias de estrechar al que concebisteis por obra del Espíritu Santo. Os lo pedimos con fervor, diciéndoos con el arcángel: A. M.

Luego que Adán se hubo manchado de impuro lodo, y cayó de aquel dichoso estado en que fué criado, Dios le declaró, que por una doncella nacida de su descendencia, había de tener remedio muy aventajado su daño y mal: esto fué para nuestros primeros padres el mayor contento, y el único alivio que tuvieron en su vida, afligida con la gran penitencia que hicieron. Y amaron y desearon con toda su alma á tal Hija suya, que había de ser madre de su vida y de su bien. A otros amigos suyos reveló también Dios, la dicha y la honra que había de tener el mundo por el parto de María; por lo tanto, no es extraño, que este parto milagroso comenzase á ser, desde los primeros días, objeto de los deseos y de la expectacion universal de todo el linaje humano. Corrían los tiempos, las generaciones se sucedían unas á otras, multiplicábanse los signos, todo prefiguraba el grande acontecimiento que había de realizarse en la plenitud de los días, y la expectacion se hacía cada vez más general. Isaías, lleno de asombro, llamaba la atención de la casa de David sobre el más admirable de los prodigios, y clamaba: «Escuchad, descendientes de David; sabed que el Señor ha decretado daros una señal inequívoca de su proteccion; una Virgen concebirá y parirá un Hijo, y su nombre será Emanuel (1).» Jeremías, no ménos admirado, levanta el grito á las nubes, y deseando que le oigan y entiendan todos los pueblos de la tierra, dice: «Escuchad, naciones, la palabra del Señor, y trasmitidla á las islas más remotas: el Señor redimirá á Israel y á

(1) ISAI VII, 14.

Jacob, y éstos, libres de las manos de sus poderosos enemigos, vendrán á alabarle al monte de Sion; porque ha resuelto obrar un prodigio nuevo, y jamás oído hasta ahora: una mujer VIRGEN ENCERRARÁ DENTRO DE SÍ AL HOMBRE DIOS (1).» Los justos, por fin, cansados de tanto esperar despues de tantas y tan solemnes promesas, llenos de un santo celo y del deseo más ardiente de ver al Salvador, prorumpían en amorosas quejas. ¡Qué tanto esperar, Dios mió! exclamaban; ¡qué tanto esperar! Hace tanto tiempo que no leemos en las Escrituras sinó que vendrá el Mesías, y que no tardará. Malaquías decía á la hija de Sion, que se dispusiese para salirle al encuentro: Zacarías, para consolar al pueblo, exclamaba: Héle aquí. Sin embargo, corren los días, pasan los años, y jamás se cumplen nuestros deseos. ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo se han de diferir nuestras esperanzas! La paz que tantas veces se nos ha anunciado, y que nos ha de llenar de consuelo, todavía la estamos esperando: se nos han prometido los mayores bienes, pero su tardanza nos llena de inquietud: venid pues, Señor, venid á salvarnos, si es que nuestras esperanzas no han de quedar frustradas. Por fin, llega el tiempo fijado, los oráculos anunciados se cumplen, las nubes se abren, el rocío del cielo cae sobre una Virgen, concibe y lleva en su vientre á todo un Dios.

¡Con qué ansias, á su vez, esta dichosa Virgen Madre esperaba el momento feliz, en que pudiese ver á su Hijo y á su Dios con sus propios ojos! ¡Oh, si yo fuera tan feliz y dichosa, exclamaría, que viera ya en mi presencia el fruto de mis entrañas! ¡Oh, si pudiese ya estrecharle contra mi pecho y besar con ternura su divino rostro! Entonces sería yo dichosa, mi espíritu quedaría satisfecho; pero mientras no consiga esto, cada instante será un día largo, y cada día será para mí una eternidad. Sus labios llenos de gracia ¡cuánta me infundirían al acercarse á los míos! ¡Oh! nada más deseo, nada más apetezco. Bendigo la bondad del Eterno porque ha enviado al Salvador que nos había prometido; ya está en el mundo la alegría del universo, la esperanza de las naciones, la salud de los mortales; ya no volverá á decirsenos: espera un poco, aguarda, luego vendrá; la hora se acerca; pero, mientras se me retarda el poderle adorar en mis propios brazos, mi espíritu desfallece, y no descansará hasta que pueda abrazarle.

Entretanto va aproximándose la hora del parto: la Virgen se derribe toda en amor, sus deseos de abrazar á su Hijo son cada vez más

(1) JEREM. XXXI, 11 et 22.

vehementes; levanta su voz, y dirigiéndose al que ha concebido por obra del Espíritu Santo, le dice con toda la ternura de su corazón: ¡Oh Sabiduría del Padre, que todo lo dispones con suavidad admirable, tocándolo todo, desde el seno eterno que es tu morada hasta mis entrañas, donde te has encerrado por la salvación del mundo! Ven á enseñarnos los caminos de la prudencia. Llegue, por fin, el momento dichoso en que mis ojos te vean! ¡Oh Adonai, caudillo de la casa de Israel, á quien te prometiste! Ven, y redímanos con tu brazo poderoso! Ven, y oigamos á los ángeles cantando tus glorias y celebrando tu nacimiento! ¡Oh llave de David, que abres lo que nadie puede cerrar, y cierras lo que nadie puede abrir! Ven á sacar á los mortales de la prisión en que gimen! ¡Ven á disipar las sombras de la muerte que les rodean! ¡Oh Rey de las naciones y objeto de sus más vivos deseos, piedra angular que unes las cosas entre sí! Ven, y salva á los hombres á quienes formaste del lodo de la tierra! ¡Oh Emanuel, monarca y legislador nuestro, esperanza de las gentes y de todas tan deseado! Ven, Señor, ven á salvarnos! ¡Oh, quién me permitiese ver desde luego el fruto de mis entrañas para adorarle! ¡Oh, quien te viese, divino Jesús, en los brazos de tu madre, de suerte que te pudiese besar! ¡Oh Señor, ven, pues vales más que todos los tesoros del mundo! Ven, y salva á los hombres!

Tales fueron, hermanos míos, los deseos y las ansias de la Virgen Santísima; y no creais que estos deseos de ver al Salvador del mundo fuesen una vana curiosidad, ó una esperanza fundada en las grandezas y felicidades de la tierra. Estas cosas no podían mover el corazón santificado de la que estaba abrasada en el fuego del amor divino. Esta Virgen pura é inocente no pensaba más que en Dios, no suspiraba sino por aquel Dios que se había revestido de nuestra naturaleza para salvarnos. ¡Qué escuela para nosotros, hermanos míos! Si teniendo siempre presentes los deseos y súplicas fervorosas de nuestra celestial Madre, la imitásemos, deseando y pidiendo á Dios que viniese á dominar en nuestros corazones llenándolos de gracia y de virtud, y nuestras ansias no fueran otras que las de agrandar á Dios, ¡cuánta sería nuestra dicha y felicidad! En este caso ¡qué flores de virtudes recogeríamos para formar una guirnalda á la Virgen prodigiosa que tanto nos alegra y embelesa! Conformemos, pues, nuestras esperanzas y deseos al ejemplar de María en cuanto nos sea posible. No nos dejemos arrastrar de la vanidad de las cosas terrenas; no está nuestra habitación en la tierra; está en el Cielo, y allí debe fijarse nuestra conversacion, allí deben encaminarse nuestros

pensamientos y deseos, allí debemos poner nuestro corazón. Es una torpeza dejar la verdad y correr tras la vanidad y la mentira. Es una locura el dejar al Criador por las criaturas, lo eterno por lo temporal, lo que es y ha de durar siempre por la nada. Que nuestros pensamientos se fijen en Dios, como los de la Virgen, que están conformes con la voluntad de Dios, sin mezcla de afectos terrenos.

Consagremos todos nuestros afectos á Dios, amémosle con todo nuestro corazón, pues para esto hemos sido criados. Nada es capaz de darnos una verdadera idea de la dignidad y del valor de nuestra alma, como este testimonio glorioso que nos damos á nosotros mismos: Hemos sido criados para amar á Dios. Nada nos honra tanto á nuestros propios ojos, como esta facultad respetable, que nos une por el amor con el Hacedor supremo que nos formó; porque esta facultad nos dá una conformidad de sentimientos con nuestro Dios, nos anuncia un origen y un destino igualmente glorioso. Suspiremos como María por el Salvador Jesús, cuyo corazón no tiene límites en la ternura, nos convida á amarle, y desea reinar en nuestras almas por el amor. ¿Podríamos dejar de suspirar por Él? Amémosle, pues, si es cierto que nosotros somos lo que es el amor que nos posee, así como amando á las criaturas nos apropiamos su indignidad y su bajeza, por el amor de nuestro Salvador nos hacemos enteramente divinos y celestiales. Un alma á quien arrebatara este divino fuego, se eleva sobre sí misma, no pertenece ya á los sentidos ni á la materia; toma una existencia independiente de las pasiones del cuerpo; se purifica y se dilata; adquiere una especie de inmensidad; se pierde en la contemplación de la hermosura divina; se apropia, en algún modo, su grandeza, se incorpora á sus sentimientos, sus deseos y su voluntad, y vive una vida divina; de suerte, que, en cierto sentido, es indudable que, así como el amor ha hecho de Dios un hombre, así también hace del hombre un Dios. ¡Oh amor, pura y divina llama! ¡Oh amor divino! quien no te ha gustado, no ha percibido jamás nada, no ha sentido jamás el placer del corazón: ha corrido tras las sombras, padece, se consume, delira. ¡Oh amor divino! ¿cuál es el hombre empedernido, á quien no hayas siempre enternecido? ¡Oh amor! elévame sobre mi debilidad, préstame tus alas de fuego, absorbe y abrasa todos mis sentimientos. Vanos objetos de la tierra, huid delante de mí. Ya sé en quien debo pensar, en quien he de esperar, á quien debo amar, y quien debe ser el constante objeto de mis suspiros. Mi celestial Madre me lo ha enseñado con su ejemplo. Ella pidió con fervor la venida del que había de venir; Ella con sus suspiros y ansias apresuró el

tiempo de nuestra redencion; los Cielos llovieron al Justo, se obró la reparacion tan deseada; es preciso ahora que cada uno nos la procuremos y apliquemos; es necesario que el Salvador venga á cada uno de nosotros por su gracia, que nos visite desde lo alto; y en vano esperaríamos que nos visitase si no nos preparásemos con santos deseos, con suspiros y fervorosos votos. Este Rey de la gloria no entra en las almas terrenas, en las almas que se alimentan de la tierra, porque todos sus deseos, sus esperanzas y pensamientos son de la tierra; quiere corazones abrasados en el divino amor, almas que suspiren por Él. Suspiremos, pues, llamándole en nuestro auxilio con los deseos de la Virgen Santísima.

¡Virgen adorable! nosotros sabemos que siguiéndoos no nos perdemos; que imitándoos, nos salvamos; que implorando vuestra clemencia, os encontramos; y que con Vos, en Vos y por Vos es nuestro el reino de los Cielos. Haced, pues, que, imitando vuestro ejemplo, nuestros pensamientos estén fijos en Dios, y que nuestros afectos se dirijan á Dios; haced que suspiremos por nuestro Salvador, que venga á visitarnos con su gracia, y que reine siempre en nuestros corazones, para que podamos reinar con Él en la gloria. *Amen.*

EXPECTACION DE LA VIRGEN MARÍA.

DISCURSO II.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.

Mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio.

(Luc. I, 47.)

No admite duda que, desde el momento en que tuvo María la gloria de concebir del Espíritu Santo y ser Madre sin cesar de ser virgen, este inefable misterio ocupó habitualmente sus pensamientos, su corazon y su alma; y que la presencia, la vista de un Dios encarnado en su seno suscitó frecuentemente en su ánimo santos transportes de admiracion, de gozo, ternura y agradecimiento: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Si tanto brillaron en Ella estos grandes sentimientos religiosos en la célebre visita que hizo á su prima Isabel, ¿con qué acrecentamiento de fervor y amor no se manifestarian al aproximarse su alumbramiento, y ante todo, en el dichoso instante de la natividad de su divino Hijo? En el tiempo en que estamos, este es un hermoso asunto digno de meditacion é instructivo para las almas devotas que atiendan á su mayor bien. Ocupémonos pues de él; pero pidamos ántes los auxilios de la gracia. *A. M.*

Ningun modelo tenemos más excelente y perfecto, despues de Jesucristo, que su incomparable Madre, criatura la más eminente en gracias, en luces y en santidad. Así, pues, el mejor modo de prepararnos para que nazca Jesucristo en nosotros es, participar de antemano de los sentimientos y disposiciones de María. Antes, en varios puntos de la cristiandad, principalmente en España y ahora en todas las iglesias católicas, celébrase con este espíritu una fiesta particular en honor de la Santísima Virgen con el título de la *Expectacion*, ó es-